

NEW LEFT REVIEW 115

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2019

PERSPECTIVAS SOBRE CHINA

SUSAN WATKINS	Estados Unidos vs. China	7
PETER NOLAN	El PCCh y el <i>ancien régime</i>	19
CHRISTOPHER CONNERY	Ronald Coase en Pekín	31
VICTOR SHIH	El dilema del crédito chino	63

ARTÍCULOS

DIDIER FASSIN Y ANNE-CLAIRE DEFOSSEZ	¿Un movimiento improbable?	81
MARK BURTON Y PETER SOMERVILLE	Decrecimiento: una defensa	99
LOLA SEATON	Cuestiones verdes	111

CRÍTICA

FREDERIK VAN DAM	Las ficciones de la cultura	141
ALEXANDRA REZA	Transmigraciones imaginarias	152
REBECCA LOSSIN	Territorio rebelde	162

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

LOLA SEATON

CUESTIONES VERDES

A MEDIDA QUE PASA el tiempo y los plazos fijados por el IPCC [Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático] para reducir la subida de las temperaturas globales se acercan a su vencimiento, la perspectiva de la catástrofe climática se acrecienta, y el problema de cómo evitarla se vuelve más acuciante. Esta es la cuestión que ha venido discutiéndose en los números recientes de la *NLR*. El debate ha contado con intervenciones desde distintas posiciones a ambos lados del Atlántico y desde diferentes generaciones políticas. Herman Daly, un pionero en el campo de la economía ecológica, fue preguntado acerca de su programa en pro de un sistema del estado estacionario por Benjamin Kunkel, director y fundador de *n+1* y autor de *Buzz*. El historiador canadiense del medioambientalismo Troy Vettese defendió un proyecto en la línea de «la mitad de la Tierra»* de georingiería natural y ecoausteridad para combatir la polución. Desde posiciones opuestas, el economista radical Robert Pollin hizo un llamamiento global a la inversión masiva en energías renovables. En el presente número, los investigadores-activistas Mark Burton y Peter Somerville, establecidos en el Reino Unido, formulan una réplica en forma de una defensa del «decrecimiento». Hay dos contribuciones aún por llegar, una desde una perspectiva ecofeminista y otra desde el Sur global¹.

* El término hace referencia al título del libro *Half-earth! Our Planet's Fight for Life* (2016), de E. O. Wilson, donde el autor defiende que, para preservar la biodiversidad, la mitad de la tierra del planeta debería declararse una reserva natural libre de presencia humana. El propio Wilson señala que el término «*half-earth*» fue acuñado con este significado por Tony Hiss en su artículo «Can the world really set aside half the planet for wildlife?», *Smithsonian Magazine*, septiembre de 2014 [N. del T., Wikipedia].

En este punto intermedio del debate puede ser útil hacer una pausa y hacer balance. Además de proponer sus propias soluciones, los participantes han reaccionado ante las soluciones de los demás, a veces asintiendo, pero con frecuencia rebatiéndolas o corrigiéndolas. El resultado de esta interacción directa es que, después de leer los textos sucesivamente, como en una secuencia, se tiene la impresión de haber escuchado una conversación. Sin embargo, en una conversación que se prolonga durante doce meses y que se congela en forma de texto, las últimas voces pueden terminar siendo las que más se oigan, pues tienen la oportunidad de responder a todo lo que se ha dicho con anterioridad, así como el privilegio de no ser por el momento replicadas. De esta forma, con el fin de recopilar los propios pensamientos acerca de lo que ha sido el debate hasta la fecha, para reflexionar sobre los avances logrados, los problemas planteados y las cuestiones aún por determinar, puede que valga la pena, por así decirlo, reunir a todos los pensadores en una habitación, para hacer que las líneas de diálogo ya establecidas se vuelven más audibles.

¿Sacrificio?

Una forma de comparar las contribuciones consiste en considerar que ofrecen respuestas diferentes a una misma pregunta: ¿qué es lo que el mundo tiene que reducir a fin de evitar el desastre global? Herman Daly define el «impacto medioambiental» como «el producto entre el número de personas por el uso de recursos per cápita». Siguiendo la lógica de esta ecuación, Daly cree que necesitamos reducir nuestro uso de los recursos, incluyendo, pero no solo, los combustibles fósiles, así como limitar el crecimiento demográfico. Para implementar estas reducciones, Daly contempla algún tipo de sistema basado en el comercio de los derechos de emisión. En el caso de los recursos, habría un «límite en el derecho a agotar lo que se posee en propiedad», y ese derecho podría ser adquirible «en pública subasta del Estado». Por lo que respecta a la población, todo el mundo tendría derecho a reproducirse una vez, pero en la medida en que no todo el mundo puede, o quiere, tener hijos, esos derechos podrían reasignarse «a través de una venta o una donación». Daly también defiende la idea de una renta mínima y una renta máxima. Estas políticas redistributivas son complementos clave de los topes que

¹ Herman Daly, «Ecologías de escala», *NLR* 109, marzo-abril de 2018; Troy Vettese, «Congelar el Támesis», *NLR* 111, julio-agosto de 2018; Robert Pollin, «Decrecimiento vs. Nuevo *New Deal* verde», *NLR* 112, septiembre-octubre de 2018; Mark Burton y Peter Somerville, «Decrecimiento: una defensa», *NLR* 115, marzo-abril de 2019.

plantea en materia de utilización de los recursos y crecimiento de la población, en la medida en que, si no se pone también coto a la desigualdad, la distribución de los derechos de consumir y de tener hijos podría ser drásticamente desigual e injusta (los más ricos podrían, por ejemplo, monopolizar la reproducción).

Al hablar de la escasez de la tierra como la «medida fundamental» para su «economía política verde alternativa», la respuesta «ecoaustera» de Troy Vettese es que debemos reducir nuestro consumo de energía y suprimir el de carne y leche. El veganismo obligatorio liberaría terrenos destinados al ganado, que ahora se destinarían a albergar infraestructuras de energía limpia, tales como turbinas eólicas y paneles solares, que podrían convertirse en la principal vía de satisfacer las necesidades energéticas a escala planetaria, pero que necesitan mucho espacio. El terreno sobrante también podría emplearse para proyectos de geoingeniería natural, tales como los destinados a reconstruir la naturaleza a gran escala para crear ecosistemas que actúen como reservas de carbono, conservado para ello «la mitad de la Tierra».

Robert Pollin encuentra problemática la «medida fundamental» de Vettese: él piensa que los cálculos de Vettese sobre cuánta tierra necesitarían los sistemas de energía renovable están inflados. Si la escasez de tierras no es un factor limitante según los cálculos de Pollin, entonces ya no es necesario restringir nuestro consumo de energía, siempre que no la despilfarremos. De esta forma, a diferencia de Daly y Vettese, a Pollin le preocupa más que nada reducir, no el consumo de energía, sino el de combustibles fósiles: «Para efectuar un verdadero progreso en la estabilización del clima, el proyecto por sí solo más importante es reducir drásticamente y sin demora el consumo de petróleo, carbón y gas natural». A través de una inversión global concertada tanto en infraestructuras de energía renovable como en «tecnologías y prácticas» más eficientes desde el punto de vista energético, podemos reducir el consumo de combustibles fósiles mientras continuamos «logrando los mismos niveles de suministro energético, o incluso aumentarlos».

En la última contribución al debate, publicada en este número, Mark Burton y Peter Somerville coinciden con Pollin en la necesidad de una «reducción selectiva de las emisiones [de CO₂]

cauteloso acerca de la viabilidad política y económica de reducir la economía de forma masiva (algo que según él podría dar lugar a una «gran depresión verde», con unas cifras de desempleo inasumibles y reducciones del nivel de vida inaceptables), Burton y Somerville argumentan que una contracción drástica del volumen material de la economía a través de la reducción de la producción industrial, de la construcción, de la agricultura y de la distribución es un complemento esencial a la opción de las energías renovables. Ambos calculan que, de mantenerse los actuales niveles de consumo, se necesitaría «multiplicar por dieciocho la implantación de las energías renovables» para generar suficiente energía sin recurrir al petróleo, al carbón y al gas natural, y argumentan que si el consumo de energía aumentara aún más (lo que ciertamente sucederá si la actividad económica continúa expandiéndose), dejar los combustibles fósiles nos resultaría aún más difícil.

La respuesta de Pollin destaca frente al resto porque su versión de la transición a la energía limpia básicamente no la notarían los consumidores individuales, cuyo consumo energético, inalterado por el cambio de su proveniencia en términos cuantitativos, se mantendría como hasta ahora, lo cual suscita una segunda pregunta, que podría poner de manifiesto la especificidad de la contribución de Pollin: ¿cuánto sacrificio requerirán las diferentes reducciones propuestas? Por muy costosas que sean las propuestas de Pollin –según sus cálculos, «absorberían el 1,5-2 por 100 del PIB global anual», lo que equivale más o menos a un billón de dólares– y por muy dolorosa que sea durante un tiempo la transición (en las industrias dependientes de los combustibles fósiles se perderían inevitablemente puestos de trabajo, y esos despidos deberían amortiguarse mediante prestaciones sociales adecuadas, que incluirían medidas de reorientación y reubicación profesional), la cuestión del sacrificio en el texto de Pollin queda en gran medida fuera del cuadro². El uso de recursos energéticos diferentes y su mejor utilización no

² El último número de *n+1* acoge positivamente el enfoque de Pollin, precisamente sugiriendo que la cuestión del sacrificio en los debates sobre el medioambiente está fuera de lugar: «La respuesta más radical y esperanzadora frente al cambio climático no debería ser “¿a qué renunciamos?” sino “¿cómo haremos para mejorar de forma colectiva nuestra calidad de vida en general?”. Se trata de una cuestión de bienestar, una cuestión que tiene menos que ver con las elecciones del consumidor (cambiar las bombillas, por ejemplo) que con el empleo de billones y billones de dólares todavía disponibles en disociar el crecimiento económico y la riqueza de los combustibles basados en el carbono y de los productos con alto contenido de carbono, incluyendo los plásticos», «The Intellectual Situation: The Best of a Bad Situation», *n+1*, núm. 33, invierno de 2019, p. 8.

reducen inexorablemente nuestro consumo de energía, sino que pueden incluso aumentarlo. Para Pollin, el cambio climático no ha de «cambiarlo todo»³, sino que «el consumo de energía y la actividad económica más en general», siempre y cuando queden «*absolutamente desacopladas* del consumo de combustibles fósiles», pueden mantenerse como hasta ahora. La cifra clave y varias veces repetida en la propuesta de Pollin parece modesta –un mero 1,5 por 100 global del PIB– en relación con las enormes dimensiones de los cambios proyectados, globales e industriales e incluso supraindustriales. Esta combinación hace que su coste humano parezca al mismo tiempo insignificante y abstracto. Al afectar sobre todo a la industria a gran escala y al ser gestionadas por remotas burocracias globales, las soluciones de Pollin nos liberan de tener que alterar de forma significativa nuestros modos de vida sin apenas restringir la libertad individual.

Por el contrario, las soluciones de Vettese suponen abolir el consumo de carne y obligan a mucha gente en el mundo a consumir *mucha menos* energía, especialmente a los estadounidenses, que tendrían que reducir su consumo en más del 80 por 100: actualmente el ciudadano estadounidense promedio consume cerca de 12.000W al día, mientras que en la sociedad ecoaustera de Vettese cada persona no consumiría más allá de 2.000. Si bien no son ni locales ni de pequeña escala (sino inspiradas por la conservación para ello de «la mitad de la Tierra» el «*half-earth thing*»), las propuestas de Vettese plantean cambios de conducta a escala individual sin ocultar la relativa dureza que estos cambios pueden implicar («ecoausteridad»). Si bien es cierto que Pollin hace mención de las pérdidas de empleos y se refiere a una «transición justa», lo cierto es que pone el acento en la creación de trabajo neto sin invitarnos seriamente a que imaginemos los trastornos y las pérdidas personales que implicaría la eliminación de sectores industriales en su totalidad.

Las propuestas de Daly ofrecen algo parecido a un puente entre, por un lado, la visión de Pollin de un consumo ilimitado facilitado por la tecnología y, por otro, la austeridad obligatoria de Vettese. En el estado de equilibrio de Daly, el derecho a agotar los recursos y el derecho a poblar el mundo son intercambiables. Lo cual implica que las privaciones inversas también son negociables: el vendedor de un derecho está comprando la obligación de hacer un sacrificio, aunque, y este aspecto

³ Naomi Klein, *This Changes Everything*, Harmondsworth, 2014, p. 4; ed. cast.: *Esto lo cambia todo*, Barcelona, 2015.

es crucial, puede no sentirlo como tal (el vendedor de su derecho a la reproducción puede no querer tener hijos). Así, el puño de hierro del sacrificio impuesto por el Estado es amortiguado por el guante de la flexibilidad en términos de cómo se distribuye ese sacrificio: gracias al genio organizativo del mercado, los privilegios y las privaciones serían asignados de acuerdo con la necesidad individual y la elección personal. Esta es la razón por la que Daly es tan partidario de los sistemas de comercio de derechos de emisión [*cap-and-trade systems*], que combinan el control agregado –sobre el volumen total de carbono que emitimos colectivamente o el número total de niños que nacen– con tanta autonomía personal como sea compatible con estas macrorrestricciones⁴.

El llamamiento de Pollin

En términos más generales, la propuesta de Pollin se distingue porque a primera vista posee una especie de plausibilidad de la que las demás carecen. Esta impresión tiene sin duda mucho que ver con la exclusión que plantea de la necesidad de un sacrificio personal permanente. Especialmente en Estados Unidos, caracterizado por su cuasi fanática entronización de la libertad –en concreto, de la libertad de consumir y de adquirir propiedades–, se hace difícil imaginar que puedan afianzarse las políticas de Daly o de Vettese, por no hablar de las de Burton y Somerville. Intuitivamente cabe sospechar que los hábitos de consumo de los ciudadanos estadounidenses –desde el consumo de carne hasta la conducción de automóviles– serían difíciles de romper⁵.

⁴ Vettese, por otro lado, se muestra escéptico con respecto a la eficacia de los sistemas de comercio de derechos de emisión: «El mayor programa mundial de comercio de derechos de emisión de CO₂, el Sistema Europeo de Comercio de emisiones (ETS), ha funcionado en gran medida para impedir una acción significativa», advierte, ya que los precios son mantenidos artificialmente bajos para apaciguar a la industria garantizando que el impacto sea trivial. Para ser efectivos, los sistemas de comercio de derechos de emisión que defiende Daly tendrían que «enfrentar el problema de la captura de clase de los mercados».

⁵ J. R. McNeill sugiere que en la conferencia sobre medioambiente que tuvo lugar en Río de Janeiro en 1992 predominó la inflexibilidad, según el tono marcado por Estados Unidos: «Los estadounidenses dejaron claro que los “estilos de vida” norteamericanos no eran negociables. Otros países siguieron la misma línea». Véase J. R. McNeill, *Something New Under the Sun: An Environmental History of the Twentieth-Century World*, Harmondsworth, 2000, p. 355. Sin embargo, la intransigencia de los delegados de la ONU no tiene únicamente que ver con la protección de los «estilos de vida» consumistas, sino con los medios de vida de mucha gente y refleja la frágil situación de la población de a pie, que con frecuencia no puede permitirse hacer compromisos mientras luchan por mantenerse a flote en condiciones de desigualdad creciente.

Las restricciones a la riqueza planteadas por Daly se antojan tal vez más quijotescas que las de naturaleza ecológica. Durante la entrevista, Kunkel comenta de pasada que la propuesta demográfica de Daly es la que la gente tiende a «considerar más difícil de contemplar», pero que la perspectiva de que la clase oligárquica gobernante de Estados Unidos acepte la implementación de una renta máxima propuesta por Daly parece todavía más inverosímil.

La exclusión del sacrificio que plantea Pollin resulta también atractivo por el escepticismo que algunos sienten acerca de la eficacia de los esfuerzos individuales a pequeña escala para reducir la huella ecológica de la humanidad. Ya no es una cuestión de los hogares que optan por las bombillas ecológicas o evitan comprar bienes envueltos en plástico: la escala global de las sugerencias de Pollin parece adecuada a la dimensión del problema⁶. Además, su programa resulta atractivo desde ciertos ángulos en virtud de su planteamiento restringido. Las contribuciones de Daly y Vettese incluyen múltiples políticas –cuotas de agotamiento y topes de población, o veganismo y reducción del consumo–, y sus preocupaciones son variadas y más amplias. La preocupación exclusiva de Pollin son los combustibles fósiles. Su lógica está optimizada: la quema de combustibles fósiles «es responsable de cerca del 74 por 100 del total de emisiones globales de efecto invernadero»⁷; los gases de efecto invernadero calientan el planeta; por lo tanto, la vía más directa e inmediata para estabilizar las temperaturas globales es dejar de quemar combustibles fósiles. Las acciones emprendidas con éxito en el pasado en favor del medio ambiente –por ejemplo, contra los CFC, que destruyen el ozono– indican que las iniciativas basadas en una sola cuestión o en una sola sustancia, que son capaces de concitar más fácilmente el apoyo de la opinión pública y que pueden ser abordadas sin muchos problemas por una legislación específica, tienen mayores probabilidades de éxito.

Todos los demás colaboradores expresan preocupaciones que van más allá de los combustibles fósiles, incluyendo las de naturaleza ecológica: tanto Daly como Burton y Somerville muestran interés por los recursos naturales agotables, diferentes a los basados en el carbono, que

⁶ George Monbiot ha reconocido que incluso los ciudadanos bienintencionados necesitan que los Estados regulen su conducta ecológica, ya que «la abstinencia individual es tan ineficaz» como «poco atractiva». «Retroalimentación medioambiental», *NLR* 45, julio-agosto de 2007.

⁷ Robert Pollin, «Global Green Growth for Human Development», PNUD, Informe sobre Desarrollo Humano 2016, p. 3.

podemos transformar en energía, mientras que a Vettese le preocupa la biodiversidad, la cual, según él, «debe ser preservada» no solo porque incrementa la retención de carbono, sino «por derecho propio». Pollin, por el contrario, defiende un planteamiento más antropocéntrico, centrado exclusivamente en el calentamiento global, en el que la naturaleza es solo una categoría económica, una fuente de energía potencial: a duras penas se concibe su existencia más allá del uso humano.

Las demás contribuciones también contienen reflexiones que van más allá de lo ecológico, o que tienen implicaciones extraecológicas (sociales, económicas y políticas) acerca de cómo podríamos organizarnos mejor y de manera más justa y, en particular, sobre si continuar con la producción y la circulación de cantidades crecientes de mercancías constituye un bien social. Si bien es cierto que han sido suscitadas por la crisis climática, estas cuestiones acerca del valor y la justicia van ciertamente más allá de esta problemática. Excepto Pollin –que admite que el consumo actual puede ser «derrochador» pero no considera que se deban ponerle límites–, todos los colaboradores son críticos con nuestro volumen de consumo. Sin embargo, estas críticas parten con frecuencia de preocupaciones que van más allá de la sostenibilidad. Vettese, por ejemplo, cita con aprobación las reflexiones de Alyssa Battistoni sobre cómo en la adaptación a un «futuro de clima estable» puede haber una oportunidad para repensar qué tipo de trabajos son verdaderamente útiles para la sociedad y mejoran la vida de la gente «sin consumir grandes cantidades de recursos». De la misma manera, Burton y Somerville sugieren en un cierto punto que la «reducción voluntaria» de la economía material podría ser «un fin deseable en sí mismo».

Esta crítica extraecológica del consumo sin trabas del que depende la expansión económica es más pronunciada en la entrevista con Daly, quien, en palabras de Kunkel, «cree que la vida, o una sociedad, deben tener algún propósito más allá del crecimiento económico». Kunkel sugiere que algunos de los lectores de Daly –pero no el propio Kunkel– «detectan una cierta orientación religiosa» en esta noción de que las sociedades deberían guiarse por valores más ilustrados que el mero entusiasmo por la acumulación material. Estemos o no de acuerdo en calificar esta convicción de «religiosa» (es posible que lo sea, en el sentido de que viene a ser un sustituto de «la fidelidad al PIB», que Kunkel considera la religión del mundo moderno, según veremos a continuación), lo cierto es que no se trata de un razonamiento *económico* en favor del

decrecimiento, ni tampoco –y esto es significativo– de un razonamiento exclusivamente ecológico. Es bien posible que la expansión ilimitada no sea ecológicamente sostenible, pero lo que aquí se da a entender es que, incluso si lo fuera, seguiría sin ser deseable, por otras razones que no son ecológicas. Esto no pone en duda los estragos medioambientales que causa el crecimiento ilimitado, sino que pretende poner el acento en la falta de sentido de dicho crecimiento, así como hacer un llamamiento a no dejarnos llevar más por sus pretensiones autotélicas.

La especificidad del texto de Pollin es su relativo silencio con respecto a estas cuestiones. Dada su firme determinación de centrarse en las maneras en que generamos energía y en la eficiencia con la que la usamos –y no tanto en el volumen que consumimos–, no articula una visión socioeconómica más amplia en cuyo marco pudiera encuadrarse este programa global de energía limpia. Las meditaciones existenciales de Daly acerca del sentido humano y sus preocupaciones en torno a la distribución de la riqueza apenas tienen cabida en el texto de Pollin, dado su enfoque táctico y concienzudo, que pone el acento en las energías renovables. En el breve pasaje donde Pollin sí se plantea la posibilidad de introducir medidas tendentes a hacer más igualitarias las emisiones entre los países ricos, más contaminantes, y los pobres, es categórico: sí, los estadounidenses emiten mucho más CO₂ per cápita que los habitantes de ningún otro país, y sí, lo llevan haciendo desde el siglo pasado, pero en cuanto a las medidas que pueden tomarse para impedir que los ciudadanos de Estados Unidos emitan más que el resto del mundo (medidas que, según admite Pollin, contarían con un «sólido respaldo ético»), «no existe la más mínima posibilidad de que sean implementadas» y «no nos podemos permitir el lujo de derrochar tiempo en enormes esfuerzos globales persiguiendo objetivos inalcanzables».

La estrategia en el segundo sentido

Pollin despacha estas cuestiones sociales y éticas sobre la base del realismo político, instigado por un sentido de urgencia. Él considera que resulta «más constructivo» concentrarse en objetivos «específicos y concretos», en lugar de «presentar amplias generalidades acerca de la naturaleza del crecimiento económico, ya sea a favor o en contra». La reticencia estratégica de Pollin a entrar en cuestiones relacionadas con la justicia y el valor, sumadas a su insistente determinación, es en parte lo que hace que su texto sea persuasivo desde un determinado punto de vista y al mismo

tiempo específico, ya que el pragmatismo de Pollin, con su aparente certeza acerca de los límites de lo políticamente posible («no existe la más mínima posibilidad [...]»), está prácticamente ausente en las demás contribuciones. Esta serie de artículos, tal y como sugiere su título, trata de estrategia; como señala Pollin, la misma pone el acento en determinar «qué hacer». Pero la cuestión de cómo evitar el desastre planetario no versa únicamente sobre las estrategias técnicas prescriptivas para examinar la eficacia y la prioridad que debemos conceder a las tecnologías y los comportamientos ecológicos y para imaginar escenarios futuros más verdes. Es también una cuestión acerca de estrategia *política*, lo cual exige, por un lado, un análisis descriptivo del momento presente y, por otro, la identificación del tipo de obstáculos políticos que se interponen a la hora de implementar esas soluciones técnicas con la rapidez y el rigor adecuados para determinar la manera en que podrían ser superados.

Imaginar escenarios futuros más verdes (con turbinas eólicas, paneles solares, reforestación, etcétera) no es algo que nos cueste demasiado esfuerzo, pero lo que la mayoría de las veces no parece que conozcamos es la respuesta a esta segunda pregunta: la de cómo ir de aquí hacia allí, o, en palabras de Daly, cómo cartografiar la hoja de ruta entre «cómo son las cosas» y «cómo han de ser las cosas». Se trata de una cuestión muy compleja, que todas las contribuciones (incluyendo la de Pollin, a pesar de su aparente sagacidad) dejan hasta cierto punto sin contestar. Esta ausencia de respuesta es más notoria en la entrevista con Daly, donde Kunkel le aprieta suavemente al respecto. En su desconfianza ante el materialismo histórico, Daly no logra aportar teoría alternativa alguna con respecto a cuál habría de ser el motor del cambio histórico, y quién o qué habría de garantizar la asunción de sus políticas, más allá de hacer «un llamamiento a la moralidad, sea eso suficiente o no». Al discutir sobre la inviabilidad política de su política demográfica, confiesa que su instinto le llevaría a «abandonar la idea», «porque la gente, pura y simplemente, se opone a ella. No soy un dictador. Me limito a presentar esto, una idea. Si un día la gente llega a la conclusión de que es necesario limitar la población total», entonces, dice desafiante, «mostradme una forma mejor de hacerlo». Daly rechaza el papel de rey-filósofo: la concepción que tiene de su tarea intelectual consiste en pensar en métodos para lograr objetivos, pero el problema de obtener para ello el apoyo de la opinión pública se deja a otros. Él es economista y no un politólogo, ni un activista ni, ciertamente, «un dictador»; la política le terminará dando la razón [...] o no («suficiente o no»). En ausencia de una reflexión

más sólida acerca de cómo habría de producirse este cambio hipotético (excepto mediante una conversión epifánica de masas), las políticas de Daly corren el riesgo de caer en la irrelevancia política, ya que no se aporta ningún indicio significativo acerca de cómo dichas políticas habrían de llegar a percibirse como necesarias por parte de aquellos que están en posición de ejecutarlas. La misma objeción podría aplicarse a Vettese, Burton y Somerville.

Al adoptar «por un momento» el papel de «una especie de marxista doctrinario», Kunkel explora este límite del pensamiento de Daly: «Engels podría decir que tu economía del estado estacionario es demasiado utópica», ya que «no especificas un proceso histórico material o “científico” que efectúe el cambio». Daly manifiesta que no «cree en el relato del determinismo». Lo cual lleva a Kunkel a preguntar: «Si no crees en ella, ¿es porque crees que las conversiones éticas, morales y religiosas tienen de hecho un efecto material en la forma en que suceden las cosas?» «Sí», responde Daly. «El propósito es causativo en el mundo. En caso contrario deberíamos todos volver a la cama».

¿Qué es exactamente lo que significa para Daly «propósito»? La gente tiene todo tipo de propósitos, los cuales no tienen por qué ser éticos (y los propósitos éticos pueden no ser los que ganen la partida). El deseo de lograr un beneficio puede interpretarse como un tipo de propósito; de lo que no hay duda es de que es causativo⁸. Daly parece excluir estas variantes duras de motivación, ya que lo que él tiene en mente son «propósitos que van más allá del crecimiento económico». A pesar de todo, su sorprendente afirmación —«el propósito es causativo»— no deja de alguna manera de cristalizar este fracaso (que no es solo el de Daly) a la hora de tratar la cuestión de la estrategia política. La noción de «propósito» es una abstracción que flota al margen de cualquier agente histórico específico, y da la sensación de que su predicado, «causativo» (una adjetivación inusual del más familiar sustantivo o verbo del que se deriva), es una pequeña elusión gramatical que permite a Daly evitar decir «propósitos-causas» (una afirmación con visos más metafísicos y que se antoja más infundada). Daly no especifica cuáles son los propósitos —y de quién— que resultan ser causativos. Semioculto por la gramática,

⁸ Si bien tal vez la búsqueda de beneficios, por muy conscientemente que se desee, no encaje del todo en la descripción de «propósito», ya que no es tanto un deseo subjetivo como un requisito objetivo del sistema capitalista (del mismo modo que querer ganar una carrera no es realmente una motivación personal, sino más bien una premisa de la participación en la misma).

se distingue una especie de idealismo que lleva al escepticismo, por mucho que despierte simpatías: los despertares morales pueden tener consecuencias materiales, pero no necesariamente prevalecen sobre la causatividad de los propósitos de, por ejemplo, el *lobby* del carbón.

Pero tampoco Pollin, si bien menos dado a ensoñaciones acerca del poder de los bienhechores y, en general, más realista políticamente (su frase característica, «imperativo de la estabilización climática» es llamativa en este sentido), llega a especificar cómo se logrará que su idea –la de esa burocracia global intergubernamental que su plan de inversiones presumiblemente exige– llegue a obtener la suficiente tracción política como para prevalecer sobre los intereses de las industrias dependientes de los combustibles fósiles. Pollin plantea la cuestión solo para dejarla rápidamente de lado:

Por supuesto, tanto las empresas privadas dependientes de los combustibles fósiles, tales como Exxon-Mobil y Chevron, como las empresas de titularidad pública, como la Saudi Aramco y Gazprom, tienen un enorme interés en impedir las reducciones en el consumo de combustibles fósiles, y ejercen también un enorme poder político. Estos poderosos intereses creados deberán ser derrotados.

Inmediatamente después Pollin pasa a otros asuntos, sin entrar a analizar, justamente, cómo se podrá pasar por encima de los intereses de estas poderosas y extremadamente ricas industrias. La construcción pasiva que emplea Pollin, «ser derrotados», evidencia que deja esta pregunta sin respuesta.

El crecimiento como tal

En su introducción a la entrevista con Daly, Kunkel escribió, tal y como vimos, que la «fidelidad al PIB viene a ser la religión del mundo moderno». Estas inocentes palabras causaron una pequeña tormenta. Todo el mundo entró en el debate sobre hasta qué punto incrementar el PIB es de hecho esencial para las sociedades capitalistas contemporáneas (convertidas *de facto* en sinónimo del «mundo moderno») y, en tal caso, si esto es el resultado, como la afirmación de Kunkel parece dar por hecho, del poder ideológico que detenta el PIB (al igual que una «religión»), o si por el contrario el crecimiento es una necesidad económica interna que se puede reducir a la lógica del capital.

Vettese manifiesta su disconformidad con las dos partes de la observación de Kunkel, recordándonos, en primer lugar, que el PIB es solo una «medida abstracta» y, como tal, «mera espuma» frente a «lo que sucede en las agitadas profundidades [de la economía]» y, en segundo, que el crecimiento no es una «religión», en la medida en que no está, en lo fundamental, ocasionado por una devoción ideológica a aquello que lo mide. Lo que anima a las economías capitalistas y mueve sus perpetuas expansiones no es un compromiso teórico colectivo para incrementar su tamaño, sino la inexorable compulsión de los productores individuales para lograr cada vez mayores beneficios. No se trata de una cuestión opcional, ni tampoco, en un sentido significativo, de una cuestión subjetiva, sino de un «imperativo estructural». Vettese da a entender que el error de Kunkel consiste en sugerir que el PIB es también la causa y el motor de la expansión que cuantifica.

Aunque conserva el término «religión» que emplea Kunkel, en lugar de optar por el desideologizado y despersonalizado «imperativo estructural» de Vettese, Pollin coincide con Vettese en que «la verdadera religión» del mundo moderno —o al menos, del mundo desde que «el neoliberalismo se convirtió en el modelo de política económica predominante», a mediados de la década de 1970— no es el crecimiento sino «la maximización de beneficios para las empresas, de modo que se puedan aportar rentas y riquezas máximas a los ricos». Y los devotos de estos dioses de la maximización del beneficio, según nos dice Pollin, por lo general no prestan mucha atención al crecimiento. En las economías avanzadas, la inmensa concentración de riqueza efectuada por las políticas neoliberales se ha producido de hecho a costa del crecimiento, cuya tasa promedio ha caído a menos de la mitad de la registrada durante del periodo conocido como «los treinta gloriosos» (1946-1975).

Burton y Somerville coinciden con la corrección inicial de Vettese, según la cual el PIB es la «espuma» de las turbulentas «profundidades» donde se produce la obtención de beneficios, y, haciéndose eco de la metáfora espacial de Vettese, argumentan que el crecimiento se promueve por la acumulación de capital en manos privadas, por lo que la fijación con el PIB corre el riesgo de perder de vista esta realidad subyacente. Sin embargo, desplazando un poco el énfasis de su argumentación hacia la posición de Kunkel, Burton y Somerville ponen también el acento en la importancia del PIB en el plano ideológico e insisten, contra Vettese, en que se trata de una «noción cultural» influyente, que tiene un efecto

determinante en el comportamiento económico: «el crecimiento sigue siendo una poderosa fuerza ideológica en sí mismo», lo cual vuelve a centrar «el debate en la idea de la expansión como un bien intrínseco».

Burton y Somerville hacen hincapié en los efectos económicos materiales de este «imaginario» en torno al PIB: «tiene una influencia significativa en decisiones que tienen que ver con la producción, la distribución y el consumo». Pero el fetichismo del crecimiento no solo afecta al funcionamiento de la economía; también influye en la política electoral. El sello del crecimiento económico, un PIB en aumento constante, es también un prerrequisito para el éxito electoral y su incumplimiento acarrea un castigo en las urnas. Lo que los ciudadanos consumidores de los países desarrollados esperan es una economía en expansión y unos niveles de vida en aumento, y eso es lo que los políticos deben prometer en las democracias liberales capitalistas para configurar mayorías. Por lo tanto, como *sine qua non* de la viabilidad electoral, el crecimiento no es solo un resultado de la activación automática de la pulsión de lucro del capitalismo, sino el pilar ideológico fundamental de su legitimación social. Ahora bien, por tomar prestadas dos de las sucintas formulaciones de Michael Mann: «El crecimiento del PIB es la razón por la que el capitalismo es visto como una gran historia de éxito», mientras que «el éxito político se mide de hecho por el crecimiento económico»⁹.

Pero el crecimiento no es únicamente un fetiche de los políticos, sino que ese fetiche también refleja los deseos percibidos de los consumidores que los votan. Mann nos recuerda esta dinámica cuando escribe que «la rueda de molino de la política no se la imponen los Estados a unos súbditos reticentes, ya que estos miden su propio éxito en términos de consumo material y apoyarán a aquellos políticos que a sus ojos lo garanticen»¹⁰. Lo cual parece sugerir que para que renunciar al crecimiento pueda llegar a ser algún día electoralmente viable, el electorado debe permitir que los políticos renuncien a su promesa de asegurarlo, lo cual significa que los votantes-consumidores renuncien a sus expectativas de incrementar la riqueza, o encuentren otras maneras de «medir el éxito personal».

Pero si el PIB es la «religión» del electorado, también es, como apunta Vettesse, solo una «medida abstracta». Así, cuando la gente cree en el

⁹ Michael Mann, *The Sources of Social Power: Globalizations, 1954-2011*, vol. 4, Nueva York, 2013, pp. 325, 365.

¹⁰ *Ibid.*, p. 364.

PIB, ¿en qué están creyendo en concreto? Es decir, cuando la gente exige crecimiento, ¿cuál es el contenido de su demanda? Tal vez, según sugiere Mann, este tenga que ver con «el consumo material», pero solo si con ello no se está refiriendo simplemente a los últimos aparatos de Apple, sino también a aquellos bienes de consumo que resultan esenciales para disfrutar de una calidad de vida decente, como son los alimentos, la vivienda y la calefacción doméstica. En tal caso, creer en el crecimiento equivale a suscribir la noción que ha sido la autojustificación histórica del capitalismo, célebremente resumida en el eslogan «lo que es bueno para General Motors es bueno para Estados Unidos», es decir, la noción de que apoyar la rentabilidad de las empresas privadas es en último término de interés común, ya que conduce hacia unos niveles de vida más altos. De esta forma, podría verse el PIB como algo parecido al indicador simbólico de la conversión putativa del capitalismo de los «vicios privados» en «beneficios públicos»¹¹. Aquí es donde cobra relevancia la crítica de Daly al PIB en tanto que medida empírica. Daly explica que esta conexión entre beneficio y bienestar –una conexión institucionalizada por el PIB– apenas se sostiene: «El acoplamiento entre el PIB y el bienestar es vago, o incluso inexistente más allá de un cierto umbral de suficiencia». Una cifra que registra cuánto producimos colectivamente y cuánto consumimos no nos dice gran cosa acerca de nuestra calidad de vida.

Tal y como señala Pollin, el crecimiento autosostenido ya no es una realidad en las economías capitalistas occidentales. Este es el hecho con el que Robert Brenner comienza su introducción a la cuestión con que se abre el primer número de *Catalyst*: «Hace tiempo que el sistema capitalista perdió la capacidad de materializar su aparente ventaja histórica comparativa y su justificación: impulsar una incesante acumulación de capital, que produce un crecimiento económico autosostenido y crea el potencial para elevar los estándares de vida». Pero Brenner va más lejos que Pollin para sugerir que a medida que el crecimiento ha ido decayendo, también lo ha hecho la creencia de la gente en él. «Durante los últimos treinta años, más o menos», a medida que la «redistribución ascendente» de la riqueza ha ido reemplazando cada vez más su producción, incluso la noción de que unos mayores beneficios privados llevan a niveles de vida más altos ha perdido su capacidad de convicción en el imaginario público: «El cliché ya no se sostiene y la realidad es que las

¹¹ Estas frases son de Wolfgang Streeck. Véase su artículo «¿Cómo terminará el capitalismo?», *NLR* 87, julio-agosto de 2014.

clases capitalistas del mundo han dejado de proclamarlo»¹². Brenner da a entender que la gente ya no se toma en serio la idea de que exista una conexión necesaria entre el incremento de los beneficios de las empresas y la mejora del bienestar social. De acuerdo con la explicación de Brenner, no es solo la tasa de crecimiento lo que está en declive, sino también la aureola ideológica que la rodea.

Grados de capitalismo

Pollin parece suscribir en parte este punto de vista, en la medida en que considera que la primera es una especie de prueba de la segunda: desde la aparición del neoliberalismo, el crecimiento se ha estancado, lo cual indica que las clases capitalistas tienen otras prioridades (beneficios). Pero Burton y Somerville ofrecen una explicación alternativa del neoliberalismo financiarizado, según la cual este habría sido «la respuesta del capitalismo a la crisis de rentabilidad que siguió al *boom* de la posguerra». En otras palabras: las políticas neoliberales –incluyendo la desregulación masiva de un sector financiero en auge– no fueron expresiones de una especie de mutación contraria al PIB del sistema capitalista, que hubiera hecho que el deseo de amasar una riqueza privada extrema de pronto eclipsara el imperativo del crecimiento, sino que, lejos de ello, tales políticas fueron síntomas de un compromiso continuado con dicho imperativo, en la medida en que representaban la reacción improvisada del capitalismo ante la caída de la tasa de retorno sobre la inversión productiva.

Burton y Somerville completan su crítica preguntándose si la «identificación errónea del/los villano/s» que hace Pollin (que considera que el culpable es el neoliberalismo financiarizado y, por lo tanto, el estancamiento del crecimiento, en lugar del crecimiento mismo) es lo que le permite lanzar propuestas ecológicas que esencialmente operan dentro de lo que sería un «capitalismo mitigado». Sugieren que al dar a entender que existe una distinción entre varias formas de capitalismo –la propia de mediados del siglo xx, que sería menos maligna, y la contemporánea, la del neoliberalismo «desatado»–, Pollin puede asociar con el primer tipo de capitalismo una versión del crecimiento que promueve el bienestar y que es ecológicamente sensible, y la corrupción de estos valores, con las tasas de crecimiento comparativamente anémicas, que se corresponderían únicamente con las más recientes iteraciones del capitalismo.

¹² «Editorial», «Introducing Catalyst», *Catalyst*, vol. 1, núm. 1, primavera de 2017.

Tal vez no sea una coincidencia el hecho de que Daly, el otro participante cuyas propuestas parecen operar dentro del modo dominante de producción, también quiera hacer hincapié en la idea de las gradaciones del capitalismo: «El capitalismo, en el sentido de un capitalismo monopolista financiarizado, orientado hacia el crecimiento continuo y la concentración de la renta, es realmente malo», pero el capitalismo también conoce encarnaciones menos terribles: un capitalismo «a pequeña escala, funcionando dentro de un rango y unos límites distributivos». Al hacer este tipo de distinciones evaluativas, Daly puede esbozar el contorno de un mejor ángel del capitalismo (asociado con la subida del nivel de vida, un Estado del bienestar efectivo, la regulación, etcétera) al que podríamos regresar, al tiempo que salvamos el planeta.

Pero si bien es cierto que el capitalismo *eco-friendly* de Daly, respetuoso con el medio ambiente, es un capitalismo «a pequeña escala» y estacionario, bajo el «*new deal verde*» de Pollin puede ser preferible una economía más grande. Esta es una diferencia fundamental. Paradójicamente, el calificativo de «*new deal verde*» fue popularizado por el columnista de *The New York Times* y ardiente defensor del libre mercado Thomas Friedman en 2007¹³. Friedman está a favor de las soluciones capitalistas a la crisis climática porque cree en el poder sobrenatural del mercado: «Solo hay una cosa tan grande como la Madre Naturaleza: el Padre Avaricia, es decir, el mercado. Yo soy un capitalista verde. Creo que solo configurando el mercado podremos lograr el equilibrio que necesitamos»¹⁴. Pollin, por otro lado, que obviamente no es ningún fan de «Padre Avaricia» y que considera que hablar de «capitalismo verde» es una equivocación flagrante, cree en el valor social de unas tasas de crecimiento saludables. Esta es su prioridad y su sentido de urgencia con respecto a la crisis climática implica que, mientras discute en qué medida diferentes formas de propiedad pueden hacer avanzar su agenda de renovables, está dispuesto a posponer la cuestión de un orden económico alternativo.

¿Por qué es el crecimiento una prioridad semejante para Pollin? El hecho de que lo es queda de manifiesto, paradójicamente, en un pasaje en el que aparentemente reconoce sus deficiencias:

¹³ Thomas Friedman, «A Warning From the Garden», *The New York Times*, 19 de enero de 2007.

¹⁴ Th. Friedman, «The Green New Deal Rises Again», *The New York Times*, 8 de enero de 2019.

Es obvio que el crecimiento *per se*, como categoría económica, no hace referencia a la distribución de los costes y los beneficios de una economía en expansión. En cuando al Producto Interior Bruto como constructo estadístico, cuyo objetivo es medir el crecimiento económico, no cabe duda de que no tiene en cuenta la producción de daños medioambientales.

Al no estar dispuesto a renunciar al crecimiento propiamente dicho, Pollin procede a separarlo de lo que él llama «crecimiento *per se*», o crecimiento «en tanto que categoría económica», o PIB «como constructo estadístico». Aunque el párrafo comienza con Pollin asegurándonos que comparte «prácticamente todos los valores y preocupaciones de los defensores del decrecimiento», termina trasladándonos la sensación de que el único momento en el que parece ceder en algo es cuando afirma que el PIB es una medida imperfecta porque, aparte del tamaño, no nos traslada informaciones cruciales sobre las economías, una observación con la que sin duda Daly estaría de acuerdo. El deseo de Pollin de preservar el crecimiento rodeándolo con esta maraña de cualificaciones se explica en parte por el mecanismo de financiación que apuntala su programa: dado que la inversión procede de una porción del PIB global, «una tasa de crecimiento económico más elevada acelerará también el ritmo al que la energía limpia reemplaza a los combustibles fósiles»¹⁵. Pero esto nos obliga a preguntarnos por qué decide Pollin ligar las perspectivas de inversión de su programa a las tasas de crecimiento globales. Aunque no abunda en ellas en su texto, resulta evidente que hay dos razones relacionadas entre sí que explican por qué Pollin sigue comprometido con el crecimiento. En primer lugar, a sus ojos el crecimiento no es políticamente negociable: «La mayor parte de los líderes políticos siguen convencidos de que una reducción significativa de la dependencia de los combustibles fósiles ralentizará el crecimiento económico y costará empleos: un precio que no están dispuestos a pagar»¹⁶. Si, en opinión de Pollin, esta es la cruda realidad política a partir de la cual deben trazarse las estrategias verdes, entonces la única vía que tiene sentido seguir consiste en desarrollar instrumentos políticos que permitan a los gobernantes supervisar las cuantiosas pérdidas que se producirán en las industrias dependientes de los combustibles fósiles mientras mantienen unos índices generales de crecimiento saludables.

¹⁵ Burton y Somerville rechazan esta afirmación, con el argumento de que Pollin ignora el hecho de que una economía que crezca más rápido estará utilizando más energía, y de esta forma anulará el progreso logrado por una transición más veloz: aunque avancemos más rápido por ella, «añadiremos otro trecho más a la colina que tiene que ser superada» por los sistemas de energía renovable.

¹⁶ R. Pollin, «Global Green Growth for Human Development», cit., p. 3.

Pero el compromiso de Pollin con el crecimiento no es simplemente pragmático: como autor de *Back to Full Employment* (2012), también reconoce que este crecimiento significa empleos, y cree que «sin duda la mejor protección» para los trabajadores en todos los países donde estos se vean desplazados por el cambio a la energía limpia (más que los «programas de asistencia para la reinserción laboral», como pueden ser la reorientación profesional o la reubicación de trabajadores) es una «economía de pleno empleo», donde exista una «abundancia de empleos decentes disponibles para toda la gente que busque trabajo»¹⁷. En consonancia con ello, la objeción central que plantea Pollin a la idea del decrecimiento tiene que ver con lo que sería su «efecto inmediato»: «enormes pérdidas de empleo y bajada del nivel de vida entre los trabajadores y las clases pobres». Esta perspectiva es a su vez una razón cardinal que nos obliga políticamente a mantener el crecimiento. Pollin manifiesta no haber «oído un solo argumento convincente de un defensor del decrecimiento» sobre cómo evitar esta eventualidad. ¿Puede decirse que Burton y Somerville aporten uno? Es cierto que ambos apoyan el llamamiento que hace Pollin en favor de una «transición justa» (pero, ¿quién se iba a oponer a ella?), y que ambos sugieren que el mundo rico y los consumidores de rentas altas deberían asumir el mayor coste. Sin embargo, al menos en el corto plazo, los efectos de sus «drásticos» recortes en materia de producción industrial de alimentos y bienes, así como en los sectores de la construcción y del comercio internacional, se traducirían en una subida exponencial de los precios, al tiempo que millones de personas se quedarían en paro.

Desplazamiento

La protesta de Burton y Somerville ante la «identificación errónea del villano(s)», sea o no convincente la manera en que se la atribuyen a Pollin, nos ayuda a explicar por qué la observación de Kunkel acerca del PIB provocó una respuesta tan firme. Una de las razones para este efecto de onda expansiva puede ser el hecho de que posibilitó un pequeño desplazamiento del argumento¹⁸. Pues ha aparecido otra línea de fractura en la serie –una línea que se aleja de la relevancia que cabría esperar–, que separa a aquellos que contemplan la salvación del planeta dentro del

¹⁷ *Ibid.*, p. 15.

¹⁸ Con esto no se pretende sugerir que tal «desplazamiento» sea evasivo ni que conduzca a disputas irrelevantes: la discusión sobre la importancia y durabilidad del PIB es uno de los hilos conductores más vivos del debate.

marco de un capitalismo mitigado (Pollin y, en alguna medida, de forma tímida, Daly), de aquellos que piensan que impedir la catástrofe climática implica liberarnos del sistema económico que es en gran medida responsable de la misma (Vettese, Burton y Somerville).

Sin embargo, aunque la diferencia que marca esta fractura es fundamental –una brecha entre sistemas político-económicos que no son simples alternativas, sino alternativas *incompatibles*–, no siempre es inmediatamente discernible. Esto en parte es así porque los colaboradores a ambos lados de la brecha, ya sea por falta de voluntad o por mera falta de interés, en general no categorizan explícitamente sus propuestas en estos términos. Daly no piensa que debamos «simplemente abandonar el capitalismo y optar por el ecosocialismo», pero también dice que si se quiere llamar a su versión más igualitaria del capitalismo «ecosocialismo, por mí no hay problema».

Los anticapitalistas, por su parte, muestran análoga despreocupación ante la cuestión de cómo clasificar políticamente sus propuestas. Vettese, al igual que Daly, es pluralista: «El proyecto podría denominarse de diversas maneras: “ecoausteridad igualitaria”, “ecosocialismo” o, con permiso de Wilson, “economía de la mitad de la Tierra”». Esa es la única ocasión en que Vettese emplea la palabra «socialismo», siendo limada su radicalidad por unas comillas y un prefijo. Y si bien es cierto que Burton y Somerville hablan del «colapso del sistema capitalista», también recubren ligeramente su mención del socialismo con una calificación que lo hace parecer indeterminado o aproximado: «Una economía mundial ecológicamente sostenible» requeriría de «un modo socialista de producción de algún tipo».

Esta forma de eludir distinciones políticas vinculantes tiene consecuencias obvias. En lugar de debatir si la operación de rescate planetario puede hacerse dentro del sistema capitalista –y, en caso contrario, qué se necesitaría para establecer un orden económico diferente en cuyo marco pudiera llevarse a cabo–, gran parte de la argumentación, impulsada por el comentario inicial de Kunkel, termina centrándose en el crecimiento y en su compatibilidad con la recuperación ecológica. Así, pues, la insistencia de Burton y Somerville en la línea de continuidad que une el neoliberalismo con las formas de capitalismo de mediados del siglo xx y en el imperativo de la obtención de beneficios que se impone en la misma medida en todas las variantes, apunta a demostrar que el

capitalismo –incluyendo, necesariamente, la continua expansión económica que implica– es en realidad el villano. En otras palabras, el meollo del desacuerdo no versa exactamente sobre los beneficios del crecimiento desbocado (que ninguno –tampoco Pollin– apoya de forma inequívoca), sino sobre si el crecimiento como tal es o no ecológicamente destructivo. Si, como Daly, Burton y Somerville y otros defensores del decrecimiento, se considera que la respuesta a esta pregunta es afirmativa, entonces la pregunta pasa a ser si la limitación del crecimiento o su contracción pueden darse dentro de los parámetros básicos del sistema capitalista aún vigente (para Daly, sí; para Burton y Somerville, probablemente no).

Para volver sobre la pregunta que ha sido ligeramente desplazada por la discusión sobre el PIB tras la controvertida afirmación de Kunkel: ¿es el capitalismo capaz de autosanearse desde el punto de vista ecológico o, por el contrario, hay que desecharlo, junto con el crecimiento alimentado por combustibles fósiles, para que el planeta siga siendo habitable? En términos generales, Daly y Pollin parecen coincidir en la idea de que el capitalismo puede prevenir lo peor de la crisis climática que viene, siempre y cuando vaya acompañado de una intervención intensiva por parte del Estado que le impida desplegar *sus* efectos más nocivos. Daly y Pollin no son, por supuesto, ideólogos del libre mercado, sino defensores de un pragmatismo que parte de la convicción de que el capitalismo es aquello con lo que tenemos que arreglarnos por el momento, y que no tenemos mucho tiempo. No creen que los mercados vayan a ser el único agente de la transición hacia la energía limpia. Si lo pensarán, probablemente no tendrían nada que añadir al debate, ya que la cuestión de «qué hacer» quedaría mágicamente disuelta: podríamos relajarnos y sentarnos a observar cómo el capitalismo pone el piloto automático del saneamiento ecológico.

Vettese plantea reservas cautelosas acerca de la capacidad del capitalismo para reparar la crisis que en parte ha precipitado: en su opinión, las soluciones que plantea Daly ante la crisis del clima, unas soluciones de mercado moduladas por el Estado, «subestiman las dificultades que conlleva sujetar el capitalismo para ralentizarlo». Asumiendo la óptica de que las contracciones a escala industrial de la economía que serían necesarias para proteger el planeta no es probable que tengan lugar dentro de un capitalismo mitigado que «deje firmemente en su lugar el sistema general de mercantilización y los motores de la expansión», Burton y Somerville probablemente lo plantean en términos más fuertes, cuando

sugieren que la necesaria contracción probablemente suceda solo después de algún tipo de ruptura del orden económico reinante.

Hay razones para dudar de la idea de que liberar al planeta del capitalismo sea la respuesta a la crisis ecológica que enfrentamos. En primer lugar, si bien es cierto que debemos seguramente reconocer, como mínimo, el hecho de que «hay un vínculo entre el capitalismo y las emisiones de dióxido de carbono», al menos desde la adopción del carbón en el comienzo de la industrialización, también debemos preguntarnos si el vínculo entre actividad económica e impacto ecológico es algo específico de este modo de producción¹⁹. Es notorio que el comunismo –tanto en el caso chino como en el soviético– no ha sido menos devastador para el medioambiente en tiempos recientes, aunque durante un periodo histórico más breve. La industrialización de la URSS y de la RPCh no fue en absoluto diferente, en términos ecológicos, de la de sus homólogos capitalistas, a quienes trataban de alcanzar. «Todos los Estados modernos –escribe Michael Mann– han sacrificado el medio ambiente al PIB, independientemente del tipo de régimen». De hecho, Mann está convencido de que «si todos tuviéramos este socialismo de Estado, el problema seguiría siendo el mismo». Tal vez este sea en parte el motivo de que los colaboradores en esta serie hayan preferido en su mayoría concentrarse en el principio básico de bajar el consumo, en lugar de en detalles tales como a quién pertenecen los medios de producción.

¿Instrumentalizar la crisis?

Mann identifica tres «agentes sociales fundamentales de nuestro tiempo», que considera responsables del cambio climático: el capitalismo, los Estados-nación y los consumidores individuales. Para Mann, evitar el desastre planetario es una cuestión de restringir los poderes de los tres. Hace otras dos observaciones importantes acerca del tipo de problema que plantea el cambio climático: se trata de «un asunto verdaderamente global» –«las emisiones de todos los países afectan el clima de todos», por lo que «la legislación debe ser internacional»– y, aunque el margen de tiempo en el que pueden emprenderse acciones significativas cada vez es más estrecho, se trata de un problema a largo plazo²⁰. La combinación de estos factores hace que resolver la crisis climática sea

¹⁹ Andreas Malm, «Long Waves of Fossil Development: Periodizing Energy and Capital», *Mediations*, vol. 31, núm. 2, primavera de 2018, p. 17.

²⁰ M. Mann, *The Sources of Social Power: Globalizations, 1954-2011*, cit., pp. 366, 362, 380.

una tarea particularmente difícil: el cortoplacismo caracteriza tanto al pensamiento de los políticos, sometidos al ritmo de los ciclos electorales, como al de las clases capitalistas, sujetas al imperativo de la maximización del beneficio, mientras que el Estado-nación continúa siendo la unidad política y jurisdiccional fundamental, y el desempeño de la economía nacional, la prioridad política suprema. Estas condiciones animan u obligan a los gobiernos a seguir dando patadas a la lata de la ecología por el camino. A la vez problema de todos y problema de nadie, se trata de una crisis internacional que aún no se ha convertido en la prioridad nacional de ningún Estado. Hasta que no lo haga, y a menos que lo haga, parece claro que los sacrificios necesarios no se harán.

Teniendo en mente los indicadores de Mann acerca de las dificultades específicas que presenta el cambio climático, ¿pueden extraerse algunas conclusiones de este estudio comparativo del debate desarrollado hasta el momento acerca del tipo de estrategia que se requiere? Parece incuestionable que un componente esencial de cualquier estrategia verde viable debe ser la existencia de un organismo global e intergubernamental con capacidades legislativas genuinas y con poderes prácticos de implementación. El problema con el programa de Pollin es que asume que este tipo de organización internacional verdaderamente efectiva existe ya, o que podría crearse fácilmente. Las recientes conversaciones sobre cambio climático en la ONU sugieren que esta presuposición no está justificada. La cuestión estratégica central, entonces, es cómo poner en marcha coaliciones verdes globales que pudieran hacer de este organismo transnacional una instancia genuinamente cooperativa, productiva y poderosa, algo que podría exigir que los gobiernos aceptaran severas limitaciones a su soberanía nacional²¹.

El hecho de plantear la cuestión de esta manera también ofrece una oportunidad para una crítica del capitalismo —y no solo del crecimiento— que vaya más allá de enumerar las maneras en que es un sistema socialmente asolador y ecocida, además de aportar argumentos apofáticos y contrafácticos *a contrario* acerca de los beneficios medioambientales marginales que obtendríamos si el capitalismo fuera reemplazado por un orden económico alternativo. Ello implica aportar pruebas que apoyen la afirmación de que el capitalismo no solo está matando el planeta,

²¹ Para incrementar «el poder de la colectividad de Estados-nación» puede que sea necesario reducir su autonomía individual. Véase *ibid.*, p. 380.

sino que consagra un sistema geopolítico que nos impide emprender las acciones necesarias para salvarlo.

Un ejemplo de este tipo de argumentación lo tenemos en *Climate Leviathan*, donde Geoff Mann y Joel Wainwright sostienen que el capitalismo globalizado es en sí mismo un obstáculo para la cooperación a escala mundial, ya que, a pesar de que propicia la interdependencia económica, también agudiza la competencia entre Estados y exacerba la desigualdad global, lo cual «socava la capacidad para la acción colectiva al reducir la disposición a compartir sacrificios»²². Esta desigualdad económica se ve intensificada por un tipo de desigualdad ecológica: la sesgada distribución geográfica de dónde se causa predominantemente el daño ecológico y dónde se siente más. Si bien es cierto que Michael Mann tiene razón cuando señala que «las emisiones de carbono en cualquier parte afectan a cualquier parte», ya que «el clima no conoce fronteras», también es verdad que estos efectos son desiguales: los ciudadanos del Norte global, ricos y grandes emisores de CO₂, siguen teniendo la mayor parte de la responsabilidad por el calentamiento del planeta, mientras que los ciudadanos más pobres del Sur global tienen más probabilidades de sufrir las impredecibles consecuencias. Estos países menos contaminantes cuentan también con menos recursos a la hora de recuperarse de las calamidades medioambientales. Lo inextricable aquí es el problema de cómo superar estas desigualdades económicas y ecológicas, y de cómo obligar a los países que más consumen a aceptar sacrificios en nombre de la seguridad y la sostenibilidad de los países que consumen menos.

Vettese es consciente de estos dilemas: aborda la cuestión de cómo los programas sobre medioambiente pueden «osificar la desigualdad entre el Norte y el Sur global», ya que el desarrollo del primero fue facilitado por la descarga de los costes ecológicos sobre el segundo, cuyo propio desarrollo, más reciente, se ve ahora regulado por los países más ricos. Vettese sostiene que esta «hipocresía ha impedido a los verdes construir coaliciones a través de las fronteras internacionales y entre movimientos sociales, si bien la adopción del marco de los 2000 vatios de consumo eléctrico, inspirado en los principios de la “mitad de la Tierra”, podría superar esta historia de divisiones», ya que «permitiría a los más pobres doblar o triplicar su consumo, al tiempo que exigiría una reducción acorde por parte de los ricos». La dificultad aquí es que Vettese no explica

²² Geoff Mann y Joel Wainwright, *Climate Leviathan: A Political Theory of Our Planetary Future*, Londres y Nueva York, 2018, p. 101.

cómo habría de lograrse esta drástica reducción en el consumo en las economías avanzadas sin *antes* superar las divisiones hemisféricas que identifica (asumiendo, claro está, que ya existan las coaliciones verdes internacionales que semejantes políticas radicales necesitarían, y que el sistema vigente no permite).

Abundan los argumentos de índole moral y ecológica para consumir menos y organizar nuestras economías de forma más sensata y justa, de maneras que demuestren un mayor respeto por la naturaleza, además de por el prójimo (y este tipo de argumentos vienen estando muy presentes hasta ahora en la serie). Sin embargo, según escribe Mann, aunque «los argumentos eco-socialistas son moralmente válidos, la moral no gobierna el mundo», por mucho que, tal y como Daly y Kunkel plantean, tenga algún «efecto material en cómo suceden las cosas»²³. Si la contribución de Pollin decepciona por no articular una visión socioeconómica de más amplio espectro, más radical, las demás contribuciones pueden presentar el problema opuesto, es decir, que la preocupación por la justicia social y económica parezca predominar sobre las consideraciones de índole ecológica, con el resultado de que estas últimas pueden terminar pareciendo un añadido o siendo subsidiarias con respecto a las otras. En lugar de plantear argumentos que expliquen por qué necesitamos combatir a un tiempo tanto el capitalismo como el cambio climático, las visiones ecosocialistas pueden dar la impresión de que lo que proponen es matar directamente ambos pájaros de un tiro, instrumentalizando la crisis climática para cooptar la urgencia que esta suscita con vistas a facilitar la transformación socialista²⁴. Por muchas simpatías que pueda suscitar esta última aspiración, existe el peligro de que el resultado de semejante oportunismo sea el de vaciar de plausibilidad política la estrategia híbrida ecosocialista, y terminar por no lograr nada: ni sus objetivos sociales, ni los ecológicos.

²³ M. Mann, *The Sources of Social Power: Globalizations, 1954-2011*, cit., p. 390.

²⁴ Véase, por ejemplo, cómo describe Naomi Klein el despertar de su conciencia medioambientalista: «Empecé a comprender cómo el cambio climático [...] podía convertirse en una fuerza galvanizadora para la humanidad; que no solo ganaríamos en seguridad frente al clima extremo, sino que nuestras sociedades se volverían también más seguras y más justas en todos los demás sentidos [...]. Se trata de una visión del futuro que va más allá de la mera resistencia o supervivencia al cambio climático, más allá de “mitigar” sus efectos y “adaptarse” a él, según la espeluznante jerga de las Naciones Unidas. Es una visión en la que nosotros, colectivamente, nos servimos de la crisis para dar un salto hacia algún lugar que se antoja, para ser francos, mejor que aquel donde nos hallamos ahora», *This Changes Everything*, cit., p. 7. El instrumentalismo («nos servimos de la crisis») se expresa aquí a las claras.

En función de lo anteriormente expuesto, ¿existen proyectos políticos que no se limiten a combinar la justicia social y económica con el rescate ecológico, sino que los integren de forma tan estrecha como para que se vuelvan estructuralmente dependientes²⁵ (y ello no solo una vez finalizada la transición, cuando nos hallemos confortablemente situados en nuestro mundo ecosocialista, sino antes de esa hipotética transición)? Bien podría ser verdad que «sea más fácil imaginar el fin del mundo que imaginar el final del capitalismo»²⁶, pero, ¿puede demostrarse que necesitamos intentar lo segundo –algo difícilmente imaginable– a fin de evitar que lo primero –algo fácilmente imaginable– nos suceda en realidad?

Imposibilismo pragmático versus realismo utópico

El pragmatismo político de Pollin –su manera de evitar las restricciones radicales y las medidas de equidad, su atención exclusiva a la cuestión de la procedencia de nuestra energía y su reticencia a hacer afirmaciones evaluativas o normativas acerca de la manera en que deberíamos vivir– es, tal y como ya vimos, lo que hace que su propuesta parezca plausible. Sin embargo, ¿es la variante de la *realpolitik* de Pollin tan pragmática como parece en el contexto de una crisis de semejante envergadura y urgencia? ¿Podría ser que, paradójicamente, persiguiendo lo inimaginable y defendiendo lo imposible haya más posibilidades de lograr a tiempo un cambio de la magnitud requerida? Esta es una manera de plantear una pregunta final, metaestratégica, acerca de la postura apropiada y conveniente a adoptar en los debates sobre el cambio climático.

En «¿Quién construirá el Arca?», un texto que precede a esta serie pero que está muy presente en ella, Mike Davis plantea sus propias oscilaciones psicológicas «entre la desesperación analítica y la posibilidad utópica». La conclusión de Davis en aquel texto era que «en base a las pruebas con las que contamos, adoptar un punto de vista “realista” de las perspectivas para la humanidad es como mirar la cabeza de la medusa: nos convertirá en piedra». Según explica Davis, lo prudente y lo razonable puede consistir en plantear exigencias demasiado ambiciosas e

²⁵ Véase, por ejemplo, el «plan de lucha contra el cambio climático» de George Monbiot, que pretende ser «justo y progresista» por el simple motivo de que «eso es lo que lo haría políticamente plausible [...] lo haría políticamente factible, pero no es una tentativa de ingeniería social. Presionemos a los ricos de otras maneras, pero no confundamos ese programa con el de la reducción de emisiones de carbono», «Retroalimentación medioambiental», *NLR* 45, julio-agosto de 2007, p. 102.

²⁶ Fredric Jameson, «La ciudad futura», *NLR* 21, julio-agosto de 2003.

irreales: «Solo una vuelta al pensamiento explícitamente utópico puede esclarecer las condiciones mínimas para la preservación de la solidaridad humana ante las crisis planetarias convergentes». El tipo de pensamiento utópico que plantea Davis es juicioso, ya que, precisamente por ser tan drástico, ilumina lo que es indispensable y esencial: «las condiciones mínimas» para la supervivencia humana, «lo necesario más que lo meramente práctico». El realismo y la utopía, por lo tanto, no son siempre simples opuestos: la utopía puede ser estratégica, una versión de lo que Francis Mulhern, cuando escribía sobre *n+1* y en referencia a uno de sus directores y fundadores, Mark Greif, llamaba «imposibilismo calculado» (en palabras de Greif, «pedir lo que hoy por hoy es imposible, a fin de obtener por fin, indirectamente o por vía directa pero no plausible, los principios que habrían de subyacer en el mundo que querríamos, en lugar de los que tenemos») ²⁷.

Sin embargo, lo que impulsa las sacudidas de Davis entre la desesperación y la utopía es la percepción de que la realidad –la perspectiva demasiado real del desastre global– se ha vuelto, por así decirlo *irreal*. Lo que es científicamente «necesario» para impedir este desastre puede ser políticamente «imposible»: «O bien luchamos por soluciones “imposibles” a las crisis –cada vez más indisociables– de pobreza urbana y cambio climático, o bien nos volvemos cómplices de un triaje *de facto* de la humanidad». Las citas aterradoras dan alguna pequeña esperanza de que estas soluciones no sean verdaderamente imposibles, sino solo «imposibles», y de que la catástrofe humanitaria sea evitable, así como nuestra complicidad. Existe la sensación, sin embargo, de que esta esperanza está alimentada por el desaliento a que nos llevan las alternativas, y de que es una respuesta refleja ante el miedo a que las dos realidades –la científica y la política– no lleguen a armonizarse a tiempo ²⁸.

Durante el último episodio –desalentador– de las conversaciones de la ONU sobre el clima, que tuvieron lugar el pasado diciembre en Katowice, Wells Griffith, asesor de política internacional sobre energía y clima del presidente Trump, insistió: «Creemos firmemente que ningún país debería sacrificar su prosperidad económica o su seguridad energética en aras de la sostenibilidad del medioambiente» ²⁹. He aquí una prueba

²⁷ Francis Mulhern, «Una partida de rezagados», *NLR* 93, julio-agosto de 2015.

²⁸ Mike Davis, «¿Quién construirá el Arca?», *NLR* 61, marzo-abril de 2010.

²⁹ «Editorial», «Trump Imperils the Planet», *The New York Times*, 26 de diciembre de 2018.

elocuente de la verdad que hay en la afirmación de Jameson acerca de nuestras capacidades imaginativas, que como se ve pueden retorcerse para expresar las preferencias de cada cual: se diría que Wells Griffith preferiría morir con el mundo antes que vivir para ver el fin del capitalismo. O más bien, quizá, el fin de Estados Unidos.

Esto es, por consiguiente, lo que significa también la devoción por el PIB: en tanto que índice del tamaño de las economías *nacionales*, no es simplemente un compromiso con la economía por encima del medioambiente, sino un compromiso con la *nación* por encima del resto del mundo y no solo con la economía nacional, sino también con la seguridad nacional³⁰. De hecho, la primera es la clave de la segunda, ya que la fuerza económica es un aspecto crítico para la militarización industrial que contribuye a asegurar el dominio geopolítico. Y, por citar otra de las concisas formulaciones de Michael Mann: «Cuanto más militarizado está un país, más nocivo es para el medioambiente». Tal y como señala Mann, entre las formas que hay para mejorar la seguridad nacional –que es «a día de hoy el objetivo más sagrado de los políticos estadounidenses»– está la de lograr la «independencia de recursos», por la vía, por ejemplo, de buscar nuevas reservas de combustibles fósiles en el territorio nacional para reducir la dependencia del petróleo de importación. La paradoja, entonces, es que lo que hacen los países en nombre de la «seguridad nacional» puede contribuir a poner en peligro la seguridad ecológica del planeta que comparten³¹.

En el mes previo a las conversaciones de Katowice, un informe estadounidense sobre el clima advertía –haciéndose eco del absurdo metafísico de Griffith, que ponía la economía por delante del planeta (como si la primera pudiera sobrevivir al segundo)– de que el calentamiento global podría reducir el PIB de Estados Unidos el 10 por 100 al final del siglo³². El cambio climático no se limita a echar por tierra décadas de progreso económico en países en vías de desarrollo (que, en términos comparativos, son ecológicamente inocentes), sino que también cercenará las

³⁰ J. R. McNeill piensa que «entre el torbellino de ideas, políticas y estructuras políticas del siglo XX, las más influyentes desde un punto de vista ecológico probablemente fueron el imperativo del crecimiento y (relacionada con él) la ansiedad securitaria, dos nociones que, juntas, dominaron la política a escala mundial», J. R. McNeill, *Something New Under the Sun*, cit., p. 355.

³¹ M. Mann, *The Sources of Social Power: Globalizations, 1954-2011*, cit., pp. 365, 376.

³² Coral Davenport y Kendra Pierre-Louis, «US Climate Report Warns of Damaged Environment and Shrinking Economy», *The New York Times*, 23 de noviembre de 2018.

mayores economías del mundo, que cargan también con una mayor responsabilidad ecológica. En base a este informe, y dejando a un lado las alarmantes implicaciones de su inhumano economicismo (podría imaginarse un escenario donde, «en términos económicos», tendría sentido dejar que gran parte del planeta, incluyendo a muchos de sus habitantes, se fuera a pique)³³, si el mundo desarrollado no opta hoy libremente por decrecer, decrecerá más tarde a la fuerza. La lógica de esta advertencia – salvar el planeta para salvar el PIB (de Estados Unidos)– nos hace pensar que, si «la fidelidad al PIB viene a ser la religión del mundo moderno», la fe del mayor contaminador per cápita del mundo moderno no da ninguna muestra de flaquear. Pero ello también implica que aunque el PIB y demás tótems del mundo rico no sean derribados, los dioses ecológicos terminarán castigando su culto.

³³ Véase la crítica que hace Monbiot de este tipo de intentos de calcular la «economía del cambio climático» en «Retroalimentación medioambiental», cit., pp. 99-102.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



Escupamos sobre Hegel y otros escritos

Carla Lonzi

Colección: Mapas 52

PVP: 10 €

«La civilización nos ha definido como inferiores, la Iglesia nos ha llamado sexo, el psicoanálisis nos ha traicionado, el marxismo nos ha vendido a una revolución hipotética.

Exigimos referencias de los milenios de pensamiento filosófico durante los cuales se ha teorizado sobre la inferioridad de la mujer.

Consideramos responsables de las grandes humillaciones que nos ha impuesto el mundo patriarcal a los pensadores: ellos son quienes han mantenido el principio de la mujer como ser accesorio para la reproducción de la humanidad, vínculo con la divinidad o umbral del mundo animal; esfera privada y pietas. Ellos han justificado en la metafísica lo que en la vida de la mujer había de injusto y atroz.

La dialéctica amo-esclavo es un arreglo de cuentas entre colectividades de hombres: no preveía la liberación de la mujer, la gran oprimida de la civilización patriarcal.

Escupamos sobre Hegel.»